

al poco rato bajó del horizonte y no hubo más luz que la que suavemente nos mandaban las estrellas en aquella noche de verano, templada por el viento sur. Yo conocía el camino a Ernio perfectamente por haberlo realizado cientos de veces y aunque al pasar bajo algún bosque la oscuridad era mayor, pudo más el instinto y el perfecto conocimiento del camino para que hacia las doce llegásemos a la cumbre, desde donde se veían perfectamente las luces de los faros de Zumaya y Biarritz, así como también las de muchos pueblecitos. La oscuridad, por tanto, no era absoluta pues nos envolvía una tenue claridad que nos permitió seguir el camino sin pérdida alguna.

La noche fue muy corta y pronto amaneció un día espléndido que llenó todo el paisaje en un ambiente maravilloso visto desde la cumbre del Ernio en el centro de Guipúzcoa.

La noche del 15 de Agosto del año 778 debió ser también semejante a la que nosotros pasamos en pleno monte, noche de verano, serena, templada y brevísima, y tenemos la convicción de que aquellos soldados francos, avezados a duras campañas de día y de noche en climas más duros que el nuestro, hubiesen reaccionado contra los vascos si no inmediatamente, al menos al aparecer la luz del alba. Pero la muerte de su jefe Roldán, tan admirado por ellos les hizo perder la moral, sin intentar siquiera la más mínima reacción contra nuestros antepasados.

El cronista Einhardo hizo, pues, una reseña la más imparcial que pudiera pedirse a un escritor oficial. A él debemos, además, la sincera explicación de aquel combate famoso ganado por los vascos y del cual éstos no narraron en crónica alguna, y así se supo en la Historia Universal un glorioso suceso de los vascos, relatado por un imparcial cronista del campo enemigo. Conste para él nuestro más sincero reconocimiento.